

# ¿Qué Historia de la educación Artística?

Tomás Lorente Rebollo<sup>1</sup>

Enviado: 05/03/09

Aceptado: 05/05/09

## RESUMEN

el presente artículo plantea una reflexión personal como sujeto creador que se dedica a la producción y a la enseñanza del arte. Una mirada despierta a la educación artística recibida.

**Palabras claves:** Educación artística. Historia. Artista.

## ABSTRACT

The article raises a personal reflection as creator who devotes himself to the production and to the education of the art. A look wakes up to the artistic received education

**Keywords:** Artistic education. History. Artist.

Aunque la Educación Artística no haya existido, considerada como tal en el ámbito educativo hasta no hace mucho, la aparición de artistas a lo largo de la historia se ha producido constantemente dándose estos seres singulares en cada periodo histórico y en cada comunidad humana.

Posiblemente la implantación de esta enseñanza reglada en los recientes planes educativos habrá de producir, si no más artistas, al menos una calidad de humanos más sensibles, con capacidad de reconocer y gozar con plenitud las manifestaciones artísticas.

Pese a su novedad, no está mal que se intente rastrear sus antecedentes o al menos historiar cuantos sucesos del pasado hayan podido ser el germen del nacimiento de esta área y no considerarla generada “ex novo”.

Del pasado, lo más parecido a la Educación Artística ha sido la utilización de los trabajos

---

<sup>1</sup> Catedrático y director de sector departamental de Didáctica de la Expresión Plástica. Facultad de Educación. Universidad Complutense de Madrid.

artísticos como medios para el desarrollo integral con fines propedéuticos, en la ulterior vida laboral de los individuos. Estas enseñanzas podríamos considerarlas como la prehistoria de la actual Educación Artística.

La Educación Artística para la formación de artistas siempre se ha planteado en función de lograr una capacitación técnica o estética, considerando esta última como el aprendizaje de recursos para la consecución de la belleza en las realizaciones prácticas. Estos aprendizajes se lograban en el pasado acudiendo a los talleres de maestros acreditados o siguiendo sus dictados en tratados y manuales.

La tradición de estos aprendizajes fue asumida por las Academias y actualmente por las Facultades de Bellas Artes, pero tanto hoy como en el pasado, la definición del artista no ha dependido de la instrucción y las disciplinas del taller o escuela sino de algo más sutil e intransferible que no puede proporcionar el medio educativo.

Saber qué hace que un ser humano sea un artista es una empresa apasionante, que nos remitirá a una pluralidad de factores de su personalidad, que en su conjunto definen un ser singular entre el resto de los humanos sean o no artistas.

Por lo general, ante la intriga que pueda provocar una pintura, dibujo, etc., no sólo se persigue encontrar el significado profundo de la obra en cuestión, sino que también se pretende averiguar la motivación que hizo producir la obra, como un proceso de la personalidad y el sentir del autor.

Pensar que el artista es una combinación de genialidad innata, herencia, dominio y conocimiento del arte y sus procedimientos es una verdad a medias, porque tal vez, lo que mueva a un ser humano a ser artista creador, sea su singularidad emotiva y su actitud ante el universo físico y psíquico.

En suma, para definir al artista, debemos considerar que se trata de un individuo de actitud observadora y crítica, que maneja la adquisición de informaciones, asumiéndolas e interpretándolas para interactuar con ellas, haciendo este acopio de forma específica.

La anormalidad actitudinal a la que hace referencia el perfil que caracteriza al artista, corre el riesgo de tacharse o asimilarse a la deficiencia por desconocimiento o por los detractores de las artes, que los hay, y así incluir en el mismo saco a los deficientes psíquicos y a los artistas, confundiendo al respetable idiota<sup>1</sup> con el pobre memo, para beneficio de los oportunistas que hacen pasar por obras artísticas auténticas memeces.

A propósito de esta cuestión, Porcher (1975)<sup>2</sup> manifiesta lo siguiente: “*Creemos conveniente refutar la opinión, que nos parece gratuita, según la cual el individuo intelectualmente*

---

1 Idiota (viene del griego) adjetivo que significa carácter propio o específico, calidad especial, particularidad, singularidad, pero en ningún caso subnormalidad.

2 PORCHER, L. (1975) *La educación estética lujo o necesidad*. Buenos Aires, Kapelusz, p. 211 y ss.

*deficiente es sensible a las artes más que cualquier otro” ... Y continua diciendo: “Esa especie de complicitad que se establecería entre él y la producción artística nunca fue demostrada”.*

Decididamente, quiero sobre todo, reflexionar sobre mí mismo, como sujeto que a la vez de haber logrado una educación artística propia, se dedica a la producción y a la enseñanza del arte.

Sobrepassando el medio siglo de vida, cada humano cree tener cierto sentido del tiempo vivido y reconoce ser la consecuencia de su propia historia, o mejor dicho, reconoce cuál ha sido la educación recibida para ser lo que es y actuar como lo hace. En mi caso, el doble aspecto de ser docente de arte y artista, aspecto este último que pudiera hacer suponer la validez de las experiencias educativas al respecto recibidas en el pasado, confirma la no correspondencia entre artista y educación artística.

Espero que nadie llegue a molestarse por lo que pudiera parecer petulancia, mi convencimiento de ser artista, creo en el significado del término y lo que implica, y hago mías las explicaciones de Van Gogh (1975)<sup>3</sup>, cuando en una carta enviada a su hermano Theo en abril de 1882 dice: *“Maule me reprocha por haber dicho “yo soy un artista”, pero no me retracto; porque es evidente que esta palabra lleva implícita la significación de buscar siempre sin encontrar jamás la perfección”*. Entendido así, que ser artista, queda bien claro que serlo no es para mí una cuestión epidérmica, un algo puesto a capricho solo con la voluntad de desearlo.

Pero una mirada sobre mi propio pasado en busca de la educación recibida al respecto, pone de manifiesto que ésta no difiere de la recibida por la mayoría de mis contemporáneos, los artistas y los otros que no han sido capaces de dibujar la “o” con un canuto.

Para que puedan comprobarlo, referiré a largos rasgos mi propia biografía educativa hacia el arte.

Si los hermanos Raimundo y Ricardo Madrazo fueron pintores, sobre ellos se podría decir que el factor hereditario debió tener gran influencia, porque como es sabido su padre y su abuelo también lo fueron, y el ambiente familiar posibilitó el desarrollo de su potencial genético, al ver pintar incluso a su tío Luis.

En mi caso no encuentro artistas reconocidos como tales entre mis antepasados, sé que mi padre y su hermano Manolo han mostrado facilidad para esta actividad y en alguna ocasión han hecho pequeños cuadros tomando como modelo estampas o láminas de calendarios, y por parte materna debo reconocer que tanto mi madre como sus hermanos han mostrado gran habilidad para arreglar cosas diversas, siendo más proclives a las artesanías que a las artes.

Entre los pocos restos de mi pasado más remoto y sobre libros de materias diversas o sobre

---

3 VAN GOGH, V. (1975) *Cartas a Theo*. Barcelona, Barral Editores, p.68



Imagen 1

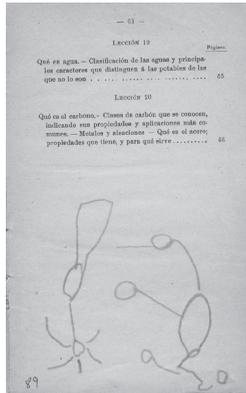


Imagen 2

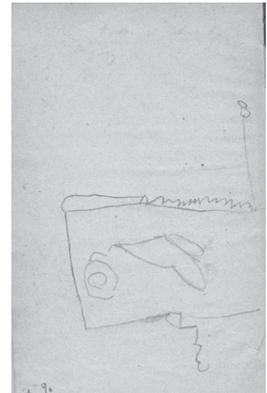


Imagen 3

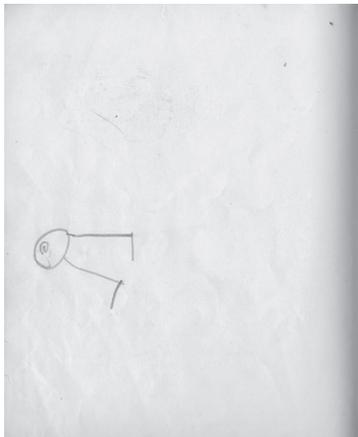


Imagen 4

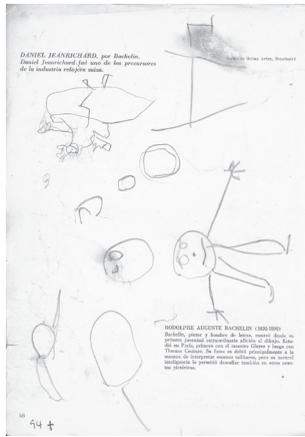
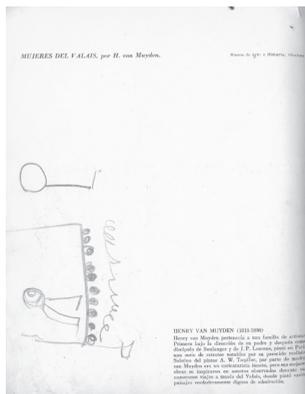
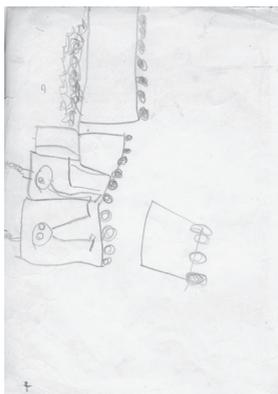


Imagen 5



Imagen 6

Imágenes 1, 2, 3, 4, 5, y 6: Seis muestras de mis primeras creaciones intentando la representación humana sin nociones aún del esquema corporal.



Imágenes 7 y 8: Junto con las muestras anteriores estas dos figuras muestran el interés por los trenes en los que hice viajar a mis humanos cabezones. Seis muestras de mis primeras creaciones intentando la representación humana sin nociones aún del esquema corporal.

agendas trasnochadas, he encontrado los burragatos y cabezones propios de la edad, como todos los niños los han podido hacer sin excepción, junto a borrones de grafito y saliva con sus correspondientes pelotillas de la celulosa del papel arremolinadas.

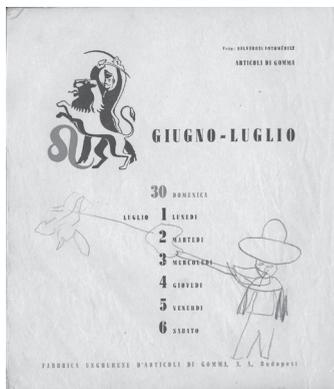
Se aprecian también, intercalados, como las primeras recibidas por parte de alguno de mis familiares, muestras acopiar de estereotipos de pollitos, burros con largas pestañas y monitos



*Imagen 9: Verdadero escenario dinámico en el que los efectos meteoricos se hacen manifiesto, y aparecen referencias bélicas.*



*Imagen 10*



*Imagen 11*



*Imagen 12: Evolución hacia la estructura corporal en los monigotes.*

hechos con un punto engrosado, cinco palotes rectos y una espiral a modo de cola.

Tal vez lo más glorioso de estos documentos sean auténticas recreaciones propias sobre trenes, tanques, etc..., tal vez de estadios más avanzados, temas en los que se plasman las vívidas impresiones que me causaron las tiras de madera de los asientos de los vagones de tercera clase, de los trenes que en mi niñez ocupé para ir a Sigüenza con tortilla fría y carbonilla, y la visión aterradora de los artefactos bélicos de aquellos días del desfile de la Victoria en la Castellana de Madrid.

Recuerdo que también me dediqué a la pintura mural, con gran disgusto de mis padres, cuando cayó en mis manos uno de aquellos curiosos lapiceros de tinta morada y encontré tentadores los paramentos de color crema del pasillo de mi casa y el entrepaño inferior blanco hueso de una puerta, siempre abierta, que guardó en la cara que daba a la pared celosamente mi genialidad, hasta que un imprevisto zafarrancho de limpieza doméstica hizo que recibiese el segundo premio de pintura de mi vida concedido por mi propia madre y digo el segundo porque el primero ya lo había recibido poco tiempo antes por el friso que hice sobre las paredes del pasillo.

Como puede comprobarse mi deseo de exponer era casi heroico así como vehemente mi temprana vocación por el muralismo.

También debo reconocer que no quedé contento por la dotación de los `premios que para mi infantil entender me pareció excesiva, por esto desde entonces me dediqué más a la pintura de caballete y a la ilustración de libros y agendas.

Más por frenar mis desmanes muralistas que por el fomento de mis inclinaciones artísticas, creo yo, recuerdo que me regalaron una bonita y gran caja de acuarelas construida en su totalidad de madera, la tapa se deslizaba en principio por un par de carriles como los de los plumieres, pero al poco de tenerla el agua se encargó de hacerla impracticable, lo mismo que el único pincel que se encontraba en su interior de melena negra, enhiesta y dura, que padeció una alopecia galopante al intentar diluir los colores de aquellas pastillas que me parecieron piedras rectangulares de colores diversos.

Completó el equipamiento para mi educación artística, algún lapicero bicolor y algunos lapiceros “Alpino” sin olvidar el famoso libro de texto el TBO con sus inventos prácticos y las imágenes de un número indefinido de historietas y cuentos.

Como sensación plástica tridimensional conté con una nutrida colección de cajitas de cerillas vacías, que eran de finas láminas de madera forradas de un papel azul oscuro y que en una de sus caras mayores mostraban un escudo de alguna provincia española, también cajetillas vacías de tabaco “Bubi” que me proporcionaba un vecino para que hiciese cinturones y correajes de varias vueltas lo que logré aunque nunca supe como rematar tan laboriosa tarea con broches o hebillas.

No debo dejar de mencionar como elementos de estimulación estética, aquellas laminillas de plomo coloreadas con vivos colores por uno de sus lados que por entonces se empleaban en la envoltura de bombones, que bien estirados guardaba celosamente como joyas entre las hojas de algún libro.

Ante la obsesión de los pocos restos que aún conservo de las realizaciones plásticas de aquella época es difícil distinguir mis propios trabajos de los que en los mismos soportes hizo mi hermano, siendo el único rasgo de mi autoría el hilo emotivo que me hace reconocer los propios, aunque este hilo en muchos de ellos se ha roto tanto para mi como para mi hermano y bien pudieran ser sus realizaciones o las mías o las de algún primo o vecino de turno que compartiera por entonces los libros soportes con nosotros.

Del primer colegio al que asistí solo recuerdo una sensación tristonca en un piso de una casa en la calle del Simón, un ábaco de madera colgado de una pared, unos pupitres y bancos para sentarse largos, para muchos alumnos y una maestra vieja sentada tras una mesa que permanentemente parecía estar remendando un abanico con papeles de celofán de envolver caramelos y que debió en alguna ocasión enseñarme la forma y el sonido de las cinco vocales; pero salvo ver su luchas celofantinas abanísticas, mi educación artística no supero aquellas sensaciones olfativas y visuales del ambiente.

Del segundo colegio, también en un piso de la glorieta de San Bernardo, recuerdo una larga clase con pupitres, junto a las paredes que dejaban ver un largísimo pasillo central que

desde la puerta de entrada en la parte posterior del aula conducía hacia la luz de un balcón a la glorietta y donde se encontraba una pizarra y la mesa del profesor, aquí siguieron con mi alfabetización y yo comencé a coleccionar cromos de “Las Minas del Rey Salomón “. En cuanto a mi formación artística debo reconocer que el profesor una tarde de la semana, que no recuerdo cual , nos hacía copiar una escena de la Historia Sagrada que él previamente copiaba de un libro en la pizarra con tizas de colores, “Lecciones de dibujo del natural”. Curiosamente este profesor jamás se preocupaba de nuestras “recopias” aunque hacerla era obligatorio con lapicero de grafito, creo yo que él hubiese sido muy feliz si después de terminar de cubrir la pizarra con su copia coloreada, nosotros le hubiéramos aplaudido, pues lo hacía más para su lucimiento que para nuestra instrucción educativa.

Pasé a un tercer colegio, igualmente en un piso, que tenía por nombre “Cervantino” que fue en el que por fin aprendí a leer y hacer cuentas, no recuerdo que el dibujo fuese de interés de los tres profesores que se encargaban de todo el alumnado. Sin embargo allí aprendí a hacer complicadísimas grecas en el cuaderno de cuadros de hacer cuentas, amén de hacer letras en caligrafías, utilizando por primera vez la tinta y los plumines de pata de gallo, de corona y las de punta cortada para hacer letras góticas.

Por mi cuenta comencé a copiar a mis primeros héroes del cómic y sobre manera al “Guerrero del Antifaz”.

Tendría ocho años cuando mis padres a través de mi tía María consiguieron una beca para que mi hermano y yo estudiásemos en los Escolapios de la calle Donoso Cortes de Madrid,



la beca permitía hacer estudios de comercio sin tener acceso al bachillerato que era la ocupación principal del colegio (Escuelas Pías de San Fernando), por lo que los becarios constituíamos una rareza en aquel magnífico centro en el que formábamos un anexo no uniformado fácilmente detectable en los patios de recreo o en cualquier otra dependencia del centro, denominados “los gratuitos”.



*Imágenes 13, 14, 15 y 16: Muestras de la copia de láminas de E. Freixas con la utilización de la tinta para redibujar lo copiado. Utilización de lapicero rojo-azul y la copia del Quijote del libro de lectura. Todas estos dibujos fueron realizados a la edad de once años.*

De lo que llamaban Elemental A se pasaba al B y luego a primero y segundo de comercio, sin posibilidad de continuar estudios de no ser que adoptases el uniforme, lo que suponía matricularse de bachillerato y dejar de ser gratuito.

En aquellas clases de Elemental A y B se dibujaba un día a la semana por la tarde. Este dibujo consistía en copiar las láminas de “D. Emilio Freixas”, consistentes en racimos de uvas, caras, indios, manos o animales; el profesorado solía dibujar peor que muchos de los alumnos, por lo que la enseñanza solo consistía en dar la voz de mando para comenzar a dibujar, o pedir otros ejercicios de dibujo que eran copiar ilustraciones de los libros de texto o del Quijote de lectura.

Las colecciones de cromos satisfacían el gozo perceptivo y en especial los de animales, el desarrollo de la captación de la precisión cromática, se hacía al seleccionar los sellos de correos, para la colección propia, intentando distinguir las variantes de tintado de los sellos de igual valor facial.

Las percepciones de proporcionalidad de los rasgos anatómicos del ser humano se obtenían con el manipuleo de los indios y americanos de goma que sustituyeron a los tradicionales soldaditos de plomo, aprendizajes anatómicos que dependían de la calidad de los muñequitos de goma. Todo esto fue la educación artística de aquellos años.

Por estas fechas es cuando realizo mi primera obra por encargo, el trabajo consistía en decorar un álbum de labores que debía hacer una prima mía para obtener el carnet de conducir automóviles entre otras cosas, Por ello dibuje con lapiceros de cera (los famosos Alpino) con tonos claros sobre cartulina negra, en torno a pequeños relatos de tela con bordados de punto



de cruz, bodeques, ojales, dobladillos, festones y un largo etc., guirnaldas de hilos con sus correspondientes agujas enhebradas y en la compañía de alcericos, tijeras, carrete de hilo, bobinas y demás zarandajas propias de la costura y el bordado.

*Imágenes 17, 18, 19 y 20: Intento de retrato por cuadrícula a los 7 años. Policromías con lápices de colores y primeras acuarelas. Copia de un dibujo de un TBO de 1935.*

El pago fue abrazos y besos de la interesada cuando el álbum fue aprobado y celebrado por las señoras de la Sección Femenina y mi prima consiguió licenciarse.

Fue por entonces cuando aprendí a utilizar el papel carbón hectográfico para calcar estampas y mapas, así como la utilización del cristal de la ventana para hacer copias que me hicieron más fácil el engorroso trabajo de las clases de geografía, consistente en marcar las cordilleras, los ríos, etc.

A tenor de estas experiencias mecánicas del dibujo, mi padre se interesó en enseñarme a transferir dibujos a mayor, igual o menor tamaño por medio de cuadrícula, que en ocasiones pude emplear para lograr algún mal retrato familiar de alguna fotografía, con el consiguiente deterioro de esta por los trazos de la cuadrícula sobre ella.

Tal dominio adquirí en la copia de estampas que a los once años cuando asistía a la academia Izmar para hacer el bachillerato, obtuve en los exámenes libres de primero y segundo, en los que el dibujo dependía de copiar láminas, dos sobresalientes sin ningún esfuerzo. Otra cosa fue el dibujo de tercero, en el que se pedía dibujo técnico y en la citada academia el profesor de dibujo brillaba por su ausencia, así que en los exámenes libres en Instituto San Isidro, solo pude conseguir un simple aprobadillo por reproducir las indicaciones contenidas en un cuadernillo que acompañaba a las láminas de dibujo lineal.

Podría decir que el mayor beneficio de este tercer curso de bachillerato en cuanto a mi educación artística fue mi incursión en la restauración, porque aprendí a raspar, borrar, limpiar, bruñir con el dorso de la uña, los desperfectos del papel manchado de los “chinos” de tinta, de la misma nacionalidad era el desesperante pasado de los trazos a lápiz con la odiosa bigotera y el traicionero tiralíneas.

Por influencia de un compañero comencé a dibujar “historietas” con guiones propios, que casi siempre fueron de ciencia ficción, empresa que tomé con gran ilusión pero que pronto desistí por aburrimiento, no sin antes haber logrado en no más de media docena de cuadernillos una manifiesta maestría muy celebrada por mi inductor al dibujo de cómic, y otros a los que mostré mi colección impudicamente con muchas faltas de ortografía en los textos de los “bocadillos”, pero no me importaba por que de lo que me sentía orgulloso era de los dibujos.

En los siguientes cursos de bachillerato desapareció el dibujo de los programas pero comencé a dar rienda suelta a mis inclinaciones artísticas, comenzando por dedicarme a copiar temas del natural y a utilizar colores fluidos que inicialmente fueron tintas de colores, y pinte surrealismos como es lógico, puesto que así las fantasías de mi espíritu disimulaban mi incapacidad procedimental y la ausencia de técnicas propias.

El progreso fue grande, tanto que llegue a ingresar en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, mis trabajos habian sido expuestos en varias exposiciones individuales y otras tantas colectivas, así como haber conseguido una beca de dibujo para asistir al Círculo de Bellas Artes de Madrid y cuatro premios en certámenes.

Después de este relato podrán juzgar que la historia de mi educación artística, ha dependido más de mi inquietud y mi tendencia natural hacia el arte que de la escasa preparación educativa por parte de las enseñanzas recibidas.

De igual modo se podrá colegir que mi educación artística no fue ni más ni menos que la que recibieron mis contemporáneos, salvo algunas excepciones que no vienen al caso, en tanto que tratamos la enseñanza reglada de aquellos años.

Como ya dijimos, habrá quien quiera considerar la existencia de estas enseñanzas en el pasado, como claras evidencias de la utilización del arte por algunos educadores como pretexto educativo en el sentido más general de la formación o con tendencias transferenciales.

No se puede dudar que en la Edad Media la preparación para trabajar en los gremios artesanos existiera una ilustración eficaz y que en parte rozaban lo que hoy consideramos educación artística, aunque por su finalidad no podremos considerarlo como tal.

Por otro lado la educación artística que recibieron las clases pudientes con la denominación de Artísticas se referían al Trivium (gramática, retórica y dialéctica) y al Cuatrivium (aritmética, geometría, astronomía y música) y las artes plásticas estuvieron proscritas como actividades propias de la clase más baja de la sociedad “Arts” trabajos manuales propios de los esclavos.

Solo desde que algunos pedagogos descubrieron que el adiestramiento manual podía ser canalizado en el sentido formativo integral, o para obtener una actitud para el desempeño de actitudes productivas las artes plásticas se han considerado más dignas que hasta entonces.

Se percataron de ello y se acercaron a la educación artística, pensadores como Lucero, Comenio, Pestalozzi, Fröebel y más tarde otros que han posibilitado el establecimiento de unas enseñanzas regladas en el presente que denominamos Educación Artística.

Ahora sabemos la importancia educativa que tiene el arte, pero la disparidad de criterios entre los que nos dedicamos a la didáctica de las Artes Plásticas, hace que su efectividad como ámbito educativo no produzca todo lo que se espera de ella, por lo que es urgente afrontar el estudio de la filosofía que se ciña a los principios y a las verdades transferibles por la educación artística, antes que dedicarse a encontrar el “pedigrí” y el rancio abolengo de esta educación.

Mientras tanto el potencial creador de los artistas brotará naturalmente como siempre ha ocurrido y cada uno en potencia forjará su destino como D. Santiago Ramón y Cajal<sup>4</sup> “Antes que el sueño me rindiera ocupábame en dar forma y vida al caos de las manchas de la pared y a las telarañas del techo, que transformaba a impulsos del pensamiento en los bastidores del mágico escenario por donde desfilaba la cabalgata de mis quimeras”.

---

4 RAMÓN Y CAJAL, S. (1961) *Obras literarias completas*. Madrid, Aguilar

Mi identificación con estas palabras de D. Santiago Ramón y Cajal es plena y familiar como lo será para tantos artistas creadores, pero esto que nace de motu proprio, en una educación artística ideal inducirá a la creación de esta actitud y la preparación de los hombres dominará unos registros de su naturaleza que por ahora se dejan al albur del desarrollo individual.